

HISTORIA DE UN CONDÓN

VICTOR
EL BIZARRO

LIBRO ILUSTRADO

CAPÍTULO DE MUESTRA
PROHIBIDA SU VENTA

Capítulo de muestra

Extracto del libro completo

Título original
Historia de un condón

Autor / Editor
Victor Martín Rodríguez (Victor el bizarro)

© Victor Martín Rodríguez, 2021

Diseño, maquetación, textos e ilustraciones
© Victor Martín Rodríguez, 2021
www.victorelbizarro.com
www.historiadeuncondon.victorelbizarro.com

Primera edición del libro completo: septiembre de 2021

Printed in Spain - Impreso en España

ISBN de la obra completa: 978-84-09-31163-7

Todos los derechos reservados. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea mecánico o electrónico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito del titular del *copyright*.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, establecimientos, marcas y/o empresas, lugares y sucesos que aparecen en esta publicación son producto de la imaginación del autor, o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), establecimientos, marcas y/o empresas, lugares y acontecimientos es pura coincidencia. El autor de esta obra no busca fomentar ni animar a realizar ninguna de las conductas y/o acciones reflejadas en la misma.

PAJA PŁJA

Si fuese una lavadora, sería uno de esos mazacotes antiguos encastrados en la pared de una lavandería autoservicio. Con las gomas cuarteadas, la pintura saltada por el vaivén de unas piezas que por extraño que parezca todavía encajan entre sí, la ranura del efectivo más desgastada que la de una máquina tragaperras y el panel de control totalmente descascarillado y oxidado de tantas monedas frotadas buscando una segunda oportunidad. Sin una muerte anunciada, sin obsolescencia programada¹. Desgastándome día tras día hasta que la acumulación de pelos y fibras textiles atascasen mi tubo del desagüe, obligándome a regurgitar una y otra vez agua con suavizante hasta que un centrifugado fatal hiciera saltar por los aires todos mis engranajes hacia los in-

¹Vaya!, ha dejado de funcionar... así porque sí. ¡Y dos veces que lo he utilizado!, que hasta lo guardo en el embalaje original cuando no lo uso. Imposible que su fabricante haya calculado su vida útil de antemano y sea esta la razón de que ahora falle. Imposible...

HISTORIA DE UN CONDÓN

cautos clientes como si fuesen metralla... En cierto modo somos bastante parecidos una lavadora y yo: ambos tenemos que tragar mucha mierda.

Pero no, no soy una lavadora, soy un condón. Un condón masculino, básico, amarillento de fábrica, sin sabor, estrías, puntitos o efecto retardado. Vamos, de los de antes. Eso sí, resistente y elástico como ninguno. ¡Ah!, y con forma de pepino, no de delfín ni de góndola veneciana... ¡Eso es para modernos!

«Haz tu cometido. Aguanta, resiste los golpes, no te rompas... mantente flexible y serás recompensado con un merecido descanso», oí mientras me empaquetaban junto con once compañeros, cada uno ya encapsulado en su humilde habitáculo de seis por seis centímetros.

Aquellas palabras se quedaron grabadas a fuego en mí. Sí, eso es justo lo que estaba decidido a hacer: «Resistiría, aguantaría las embestidas, mantendría en mi interior la “leche condensada” sin dejar escapar ni una gota y, una vez de vuelta, reclamaría mis merecidas vacaciones», pensé completamente convencido.

Con ese ánimo estábamos todos los profilácticos. Impacientes por ser estrenados en el interior de una caja que, para nuestra desgracia, acabó colocada bien al fondo en uno de los estantes bajos de una farmacia. Allí donde apenas alcanza la luz, pues un poco más atrás... Nos tocaría aguantar más de lo esperado hasta ser comprados y conseguir debutar.

Cuando cuentas cómo fue tu primera vez, la expectación se nota en el ambiente. Algunos lo único que desean escuchar es que fue un desastre: que a él no se le levantó, que ella estaba tan nerviosa que las contracciones involuntarias de sus músculos vaginales convertían en una misión imposible cualquier tipo de «actividad espeleológica²», o incluso que toda aquella acumulación de adversidades mediocrementemente subsanadas diesen lugar a un embarazo no deseado y, coincidencias de la vida, puede que sea por eso que estás *tú* hoy aquí.

¿ESTRÍAS?
¿PUNTITOS?



¡ESO ES PARA
MODERNOS!

Ya... hubiese sido maravilloso que ocurriese con una pareja en pleno apogeo, con tal pasión que la fricción entre sus cuerpos desnudos hiciese arder las sábanas; podría haber sido mediante una aparición estelar en una película *porno* de esas en las que se mezclan tantos fluidos que ya ni se me usa por protección, sino por asco; o incluso en un polvo normalito, de los de descargar y a otra cosa. Me atrevería a decir que hasta ser estrenado con una mamada callejera entre contenedores en una calle oscura y poco transitada sería más digno que mi primera vez. Y es que, en mi caso, debuté con la misma mala sensación que en una cita a ciegas de la que sabes que no vas a salir bien parado y, lo que es peor, de la que eres consciente que te es imposible escapar.

De repente notamos un leve golpe. Un tambaleo que nos pone a todos en modo alerta. «¡Por fin nuestra caja se mueve! Por fin saciaré el calentón de alguna pareja despendolada, seré utilizado de chubasquero antes y durante la tempestad y, cómo no, restaré sensibilidad al “salchichón” que me posea», pensé. No todo iba a ser positivo...

Desde el interior todos los preservativos oímos ruidos a nuestro alrededor. Escuchamos cómo alguien retira el plástico protector y cómo rasga el cartón de la caja con ansia, en lo que entendimos como un acto desenfrenado de pasión; un calentón de huevos incontrolable que le hizo actuar de forma tosca y agresiva. Todos expectantes, todos esperando ser elegidos y por suerte —que no

destino— fue a mí al que le tocó el premio gordo... abandonando la oscuridad de mi envoltorio, listo para cumplir con mi cometido.

Rápidamente tira mi envase al suelo no sin antes apretujarlo bien, me coloca en la punta de su glande, me desenrolla y... ¡Pim! —me deslizo—. ¡Pam! —me roza—. ¡Pum! —me raspa—. ¡Pim! —me arde—, ¡Pam! —me escuece—, ¡Pum! —¡Siento cómo me desgasto!—. «Esto no es para nada lo que yo me esperaba... ¿Dónde está la esponjosidad, la humedad, o la viscosidad?».

Justo entonces me doy cuenta: no hay ella, no hay él, ni siquiera ello. He sido rellenado de «mazapán toledano» y me encuentro siendo frotado una y otra vez por puro vicio autosatisfactorio. Soy la fina capa que separa del dolor a mi compañero de faenas, esclavo de su placer, cómplice en su obsesión por el *frottage*³... sintiendo cómo me restriega una y otra vez contra todo aquel plumón de oca embutido para su deleite.

Sin sutilezas, sin medias tintas: estoy siendo partícipe de una *paja pija*⁴ utilizando como juguete sexual a su almohada, de la que ya conozco de sobra su textura, rugosidad y olor.

²La espeleología es la ciencia que estudia la morfología de las cavidades naturales (cavernas, cuevas...) del subsuelo terrestre. Pero seguro que no te hacía falta esta información para hacerte una idea de lo que va la cosa... ¡Espabilado/a!

³Excitación al frotar cualquier parte del cuerpo—genitales incluidos— contra la pareja sin que exista penetración. Bueno, en este caso contra su inanimada pero no por ello menos juguetona almohada (guiño, guiño).

Y no es hasta que está en su momento más álgido, bien sudoroso, desesperado por alcanzar el clímax, que llaman a la puerta y los nervios hacen su aparición. De repente su dulce navideño se queda a medio gas y a aquel adolescente no le queda otra que levantarse apabullado mientras estira las sábanas para intentar ocultar la forma de su silueta —medio hundida en el colchón viscoelástico de tanto empujón—, despegándose la almohada de su pecho sudoroso y colocándola en su lugar mientras chilla:

—¡Un momento!

«Un momento», repite para sus adentros mientras me mira y mira a la papelera, me mira y mira hacia la ventana, me mira y golpean de nuevo en la puerta mientras giran la manija.

—¡Ya voy!

Me agarra histérico, tira y estira hasta que finalmente me suelto dándole un latigazo en la mano y, antes de darme cuenta, estoy volando por los aires.

Medio usado, bien pulido, rezumando la vergüenza y el pavor de mi compañero de batalla, siento la brisa del atardecer acariciando mi aún humeante látex mientras voy descendiendo piso tras piso con la misma gracilidad que un pétalo de rosa; meciéndome las constantes ráfagas de viento; observando destellos de las vidas de los vecinos de aquel «abrillantador de almohadas» a través de sus ventanas hasta que, sin mejorar mi suerte, acabo aterrizando en la verja de una escuela de educación primaria, siendo objeto de risas de adolescentes ruborizados que no logran

entender por qué mi interior está completamente vacío, muecas de indignación de viejecitas arrastrando carros desbordados de productos de oferta y comentarios de MILF⁵ que aún visten como quinceañeras: «¿Llevará un mes al sol y se ha evaporado la “pajilla”? ¿Acaso es una cámara oculta? ¡Por Dios!, ¿qué clase de degenerado dejaría ahí colgado un condón?».

ENTONCES ME DOY CUENTA:

NO HAY ELLA,

NO HAY ÉL,

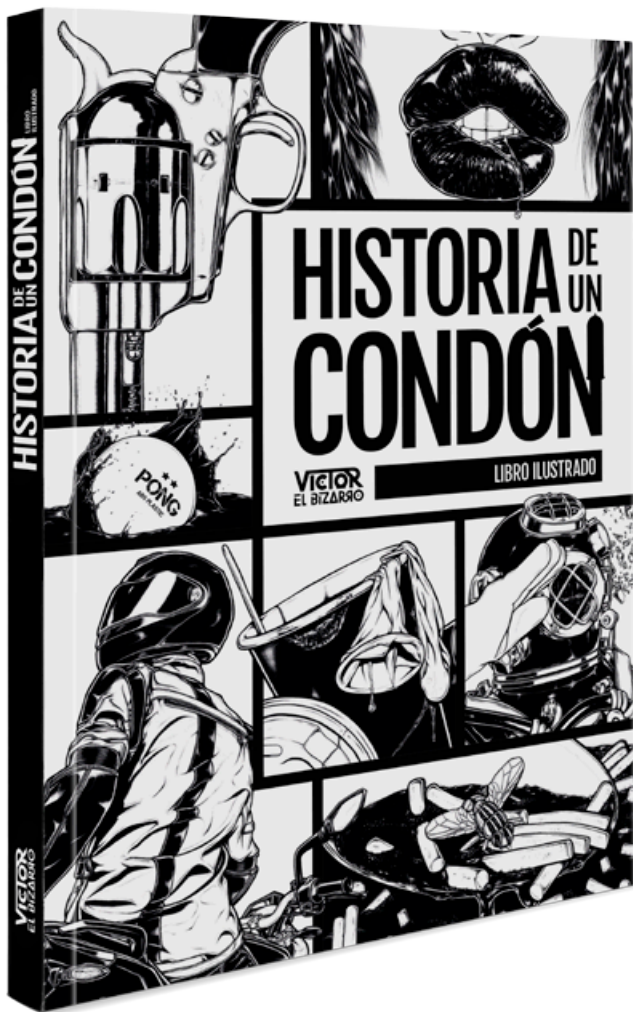


NI SIQUIERA ELLO.

HISTORIA DE UN CONDÓN

⁴Cuando decides dejarte tus ahorros en darle al manubrio utilizando —para algunos malgastando— preservativos para tus desahogos matinales. Si eres chica no te sientas excluida, imaginemos que los usas para introducir un plátano dentro de él —para llevártelo de merienda a la piscina y que no se moje, claro...—, y lo llamaremos «dedo afrutado pijo».

⁵*Mother I'd like to fuck*. Y si no sabes inglés, *googlealo*. Que una imagen vale más que mil palabras.



¿Te quedaste con ganas de más?

Entra en historiadeuncondon.victorelbizarro.com
y descubre dónde conseguir tu ejemplar.

WWW.VICTORELBIZARRO.COM